



EL: —[En modo alguno quiero que vayas!

ELLA: —Lo de todos los viejos: buenos consejos cuando ya no pueden dar malos ejemplos.



## UN PROBLEMA NACIONAL

Maura debe tener un alma más negra que el carbón ¡Cuidado si es atravesado este diablo de mallorquín! No pasa día en que no se entregue al deleite cruel, brutal y bárbaro de torturar a los pobrecitos liberales, sin que la situación crítica y angustiosa de estos malaventurados que dan lástima a las piedras y ablandarían el corazón más duro, le inspire el menor impulso de piedad.

Se necesita tener el hígado de cemento armado para salir del Salón de sesiones contoneándose con esa gallardía netamente maurista que tantos estragos produce en las señoras de alguna edad, y atravesar los pasillos con aire victorioso por entre una hilera de víctimas que con la expresión de sus caras y el aspecto de sus ropas parecen acusarle con mudo, pero elocuente apóstrofe en nombre de sus hogares sin brasero y de sus familias sin pan, efecto de la inicua expoliación perpetrada por este hombre que se agarró al Poder como una lapa y que no lo suelta ni a tiros, como si todos no fuésemos de carne y hueso y sólo él y los suyos tuviesen derecho a nutrirse con el puchero nacional.

Y Maura, en vez de ablandarse ante aquel espectáculo, en vez de sentir remordimientos, parece que se recrea con su obra, y la vista de aquellos rostros demacrados, de aquellas barbas de mes y medio, de aquellas chisteras despeinadas y de aquellos pantalones con flecos, le inspira alguna frase sangrienta, alusiva al quinquenio, a la estabilidad del Gabinete que preside, echando en cara, en fin, a los que ayunan y carecen de todo el eructo de la glotonería satisfecha y recordándoles su condenación, que ha de prolongarse indefi-

nidamente, porque sí, porque él come y no quiere abandonar su puesto y no le place hacer merced de las migajas.

Después dirán que Maura carece de valor personal. Será inconsciencia de tirano ó temeridad de sátrapa en plena embriaguez digestiva, pero yo ni con veinte chalecos blindados me atrevería a desatir cara á cara el furor de esos hombres exasperados que, desgraciadamente para ellos, ya nada, absolutamente nada, les queda por perder.

Maura, como Nerón y su otro colega el de Sira' cusa, goza aplicando personalmente el tormento a sus víctimas. Hijaos en su rasgo sangriento del día que conmemoró el segundo aniversario de su detentador monopolio del Poder. Salía del festín, de aquella bacanal baltasariana, en la que acababan de realizar el insultante alarde de engullir 76 kilos de carne de jabalí, y dijo:

—Dentro de tres años, en tal día como hoy, conmemoraremos el quinquenio...

Considerad á los liberales que aquel día no hubiesen comido más que media libreta al fiado, pensad en el efecto que debió causarles el provocativo sarcasmo de don Antonio el Cruel.

¡Ah! Calígula no era tan bárbaro. Yo recuerdo haber leído, no sé dónde, que se cubría la cara con su túnica cuando después de las fiestas del Circo pasaba á la vera del *Spo iarium*.

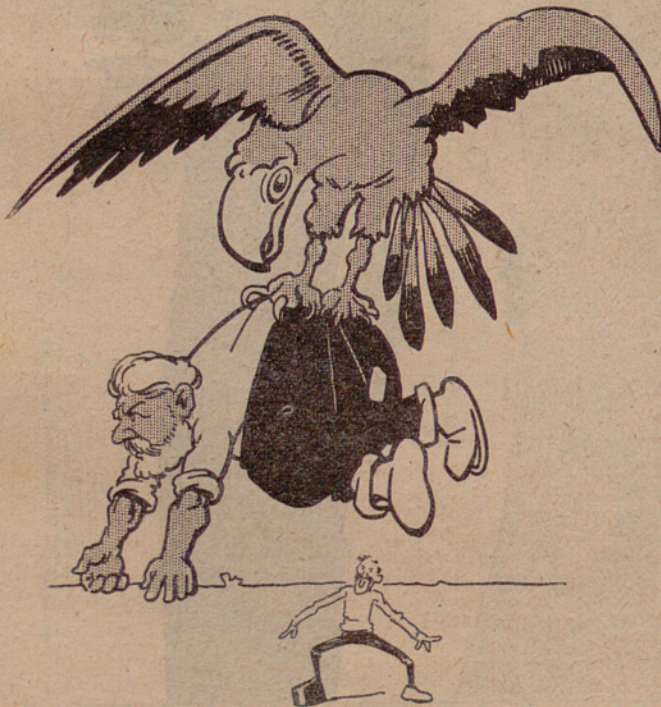
Esta situación de los liberales, que es imposible que se prolongue por más tiempo, debe preocupar de una manera seria á los estadistas de la Restauración. Hay que buscar un procedimiento para poner el pan de centenares de familias á cubierto de la rapacidad ó de la codicia de un hombre. Lo que hoy ocurre á los liberales puede ocurrirles mañana á los conservadores y no es humano, ni lógico, ni propio del siglo en que vivimos que esto suceda.

Admitida por imperiosa exigencia de las circunstancias la necesidad de que exista en España el político de oficio, reconozcámosle derecho á la vida. O suprimirlo ó darle de comer.

Yo me inclinaría á lo primero, porque soy disolvente; pero me dirán que el Estado, el régimen y la patria necesitan del concurso de los ciudadanos que estrenan buena ropa y comen á dos carrillos cuando son Poder, y ayunan, lucen flecos en los pantalones cuando están en la oposición. Ajustémonos á la realidad, pues.

Los políticos de oficio no existen más que entre los partidos turnantes. Ser republicano, carlista, socialista ó anarquista, salvando excepciones muy contadas, que un filósofo cuando razona seriamente debe desdeñar, está probado que no da de comer.

Los republicanos que no cuentan con alguna profesión han de meterse de lleno en la gran industria, como Lerroux, ó han de exhibirse disfrazados de ballena en algún barracón, como cuentan que hacía antes Azzati en las ferias de Valencia, ó han de conspirar, como el ex coronel Careaga, ó tienen que dedicarse



Cuanto más le eleven ahora los periódicos del trust, más tremenda será después la caída.



á la sociología, como Pedro Miquel, si no quieren perecer en la indigencia. Los carlistas que no cuentan con bienes de fortuna, oficio ó beneficio la pasan muy negra, aunque tengan graduación de generales. Ni á republicanos, ni á carlistas, ni á socialistas, ni á los anarquistas se les ocurre que su significación política pueda convertirse en un modo de vivir. Los únicos que por hábito, por idiosincrasia y por exigencias del mecanismo político español han quedado reducidos á no tener más amparo que el presupuesto son los afiliados á los partidos que turnan en el Poder. Liberales y conservadores.

Descontados los que desempeñan cargos electivos, porque estos ya tienen algo, ¿á qué número ascenderán los conservadores monárquicos que hay en España? A lo sumo un millar.

Calculando mil conservadores y seiscientos moretistas, doscientos monteristas y, para redondear la cifra, doscientos demócratas, tenemos dos mil individuos. De scuéntese á los que son diputados á Cortes y provinciales, á los senadores, á los gobernadores civiles y á los alcaldes. Calculemos que de los restantes un diez por ciento sean ricos por sus casas y resta la cifra que antes dije: un millar.

¿Qué pueden comer esta gente cuando están en la oposición? ¿Diez pesetas diarias cada uno? Me parece que ya tendrían bastante. ¿Qué son dos mil duros al día para el país? Con hacer un acorazado menos, rebajar la lista civil y suprimir los caramelos parlamentarios se reuniría la cantidad necesaria y habríamos resuelto un capital problema que afecta al decoro de la nación, porque es una vergüenza para el país que nuestros gobernantes de ayer y los que serán nuestros gobernantes de mañana vayan á cuerpo con estos fríos, medio descalzos y con cara de hambre.

Hay que preocuparse algo, ahora que estamos bien relacionados, de lo que puedan decir de nosotros allende las fronteras y sería bochornoso que la situación tremenda por que atraviesa el partido liberal dinástico trascendiera á otros países y despertase movimientos de filantropía internacional análogos á los motivados por la catástro-



El mandato del Maestro.

fe de Messina ó el hambre de la India.

Por el Congreso va un corresponsal inglés, que telegrafía al *Daily Blaquet*, de Londres, que por cierto no entiende ni una palabra de español y asegura que maldita la falta que le hace, que el otro día puso un despacho á su periódico diciéndole que durante la sesión de la Cámara se había visto en actitud de protesta á un grupo numeroso de «sin trabajo» que habían acudido allí á manifestarse.

¿Saben á quienes, juzgando por las trazas, tomé por «sin trabajo» el corresponsal británico?

Pues á una Comisión de bloquistas que estuvo en el Congreso en busca de Melquíades Alvarez á fin de pedirle instrucciones y los billetes del ferrocarril para ir al mitin de Toledo...

TRIBOULET.

Madrid-Febrero.



## LA IDEA

«¡A las armas, valientes ciudadanos,  
que el noble pueblo entre cadenas gime!  
¡Guerra á la odiosa ley que nos oprime  
y abajo para siempre los tiranos!

Esclavos de la idea,  
luchemos valerosos, aunque sea  
con armas desiguales,  
hasta que el pueblo generoso vea  
realizados sus nobles ideales.

La lucha será horrible, encarnizada,  
que es preciso probar que somos bravos  
si queremos, al fin de la jornada,  
que rompan sus cadenas los esclavos.

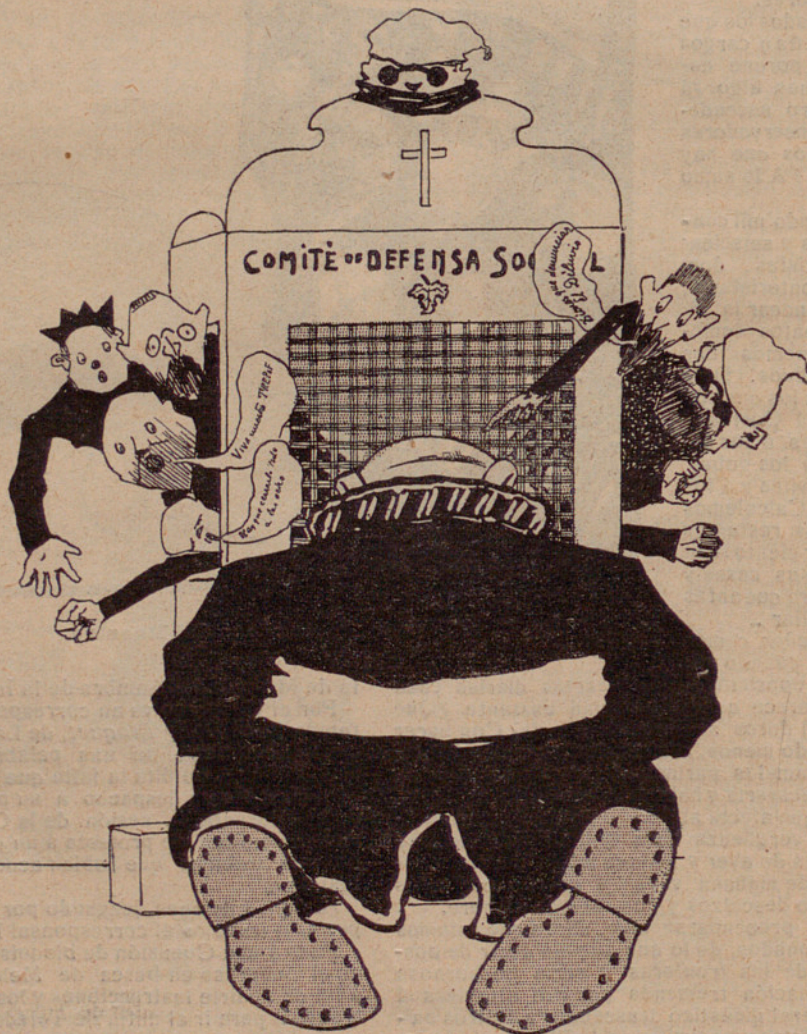
¡Guerra al tirano odioso  
y á luchar con valor, pueblo animoso!»,

Con estentórea voz y ademán fiero  
así hablaba un tribuno callejero  
á una turba inconsciente que le oía,  
que, ansiosa de saciar sus ambiciones,  
con salvaje alegría  
se agitaba y rugía  
al sentir halagadas sus pasiones.  
Y aquellos desdichados,

torpemente engañados  
con la loca esperanza  
de llegar á ver pronto realizados  
sus ardientes deseos de venganza,  
¡fueron á la pelea  
á morir decididos por la idea!  
Aunque poco aguerridos,  
lucharon con furor, como leones;  
pero fueron vencidos  
por la fuerza brutal de los cañones;  
y los que, por su suerte,  
no encontraron la muerte  
en la lucha cruel, sañuda y fiera,  
barridos por las balas enemigas,  
fueron á descansar de sus fatigas  
á Ceuta ó al Peñón de la Gomera...  
¡en tanto que el tribuno callejero  
escapaba veloz al extranjero!

Lo mejor en las luchas por la idea  
es que nadie se exponga ni se afane;  
que espere á que termine la pelea  
¡y se vaya después con el que gane!

MANUEL SORIANO.



—¡Anda, anda, maullón! que por cada denuncia ganarás cien días de indulgencia.





MATARÓ.—Terreno que se derrumbó, yendo á caer en una dilatada extensión al mar.

## ESPIRITERIAS

Mal se van poniendo las cosas para el espiritismo y para los señores espiritistas, cuya buena fe es más digna de admiración que de imitación.

Varias veces he tratado ya de este tema y muchas se han enfadado conmigo estos apreciables señores que creen en la comunicación directa con los espíritus y en los buenos oficios de los *mediums*.

Unos me han dicho: «Usted habla con reprensible ligereza de un asunto que desconoce. Y yo me dije: Es muy posible que así sea, y leí, leí muchas obras y revistas espiritistas, pero no pude convencerme. Y eso que quería *convencerme* á todo trance, pues siendo yo una calabaza, me parecía jactancia intolerable el que no creyera en lo que creen hombres tan eminentes como Crookes, Lodge, Lombroso, Stead, etc., etc.

¡Qué cosas leí en aquellos libros y revistas! ¡Qué imaginación tan espléndida y cómo desvarían aquellas señoritas que se tutean con los espíritus! En una revista que se publica en esta ciudad me asombraron los relatos de una señora que sabe las historias de cada mortal en sus encarnaciones anteriores y las cuenta con un aplomo y seguridad que pasma.

A una madre desolada por la muerte de su hijo ó hija, no recuerdo bien, le dice que su hijo fué antes una bella doncella y que la madre fué un apuesto doncel, y que se amaron, y que era preciso que pasara por un gran dolor para purificar no sé qué faltas, y que por eso el espíritu de la doncella vino á informar el cuerpo de su hijo. En fin, un caos de delirios.

Aunque esto del cambio de sexos quizás tenga algún fundamento y explique en parte el por qué ciertos individuos tienen alma completamente femenina y algunas individuos son verdaderos sargentos de caballería con faldas.

Pero, bromas aparte, lo cierto es que los espiritistas franceses no aceptaron el reto de *Le Matin*, que les dejó en completo ridículo, y que ahora

el señor Comas Solá, que ha estudiado con detenimiento é imparcialidad esas cuestiones y asistido á numerosas sesiones experimentales, ha declarado en un libro reciente que son fenómenos *falsos* las materializaciones corpóreas, los aportes, etc., y que los *mediums* resultan falsarios y trapisondistas.

Y formula esta terrible conclusión: «El espiritismo, tal como se concibe por sus adeptos y considerado en conjunto, no puede de ninguna manera ser hoy aceptado por la Ciencia.»

Hechos recientes sucedidos en Londres vienen á corroborar las afirmaciones del señor Comas Solá. En aquella ciudad residían dos canónigos protestantes, los señores Coley y Brook, que realizaban experimentos pasmosos, que luego el literato Stead hacía circular en los grandes *magazines* ingleses. La cosa iba viento en popa. Cierta día Coley presentó ante su público en un salón oscuro, como siempre, un espíritu visible. Pero le salió al paso el materialista Markelyne, el gran prestidigitador de Saint Georges-Hall, que ha ganado una fortuna repitiendo por medio de procedimientos materiales los supuestos fenómenos espiritistas, y se comprometió á pagar á Coley 1,000 libras esterlinas si no lograba repetir la operación.

La expectación en Inglaterra fué inmensa, y, efectivamente, Markelyne repitió la aparición del espíritu visible.

Para hacer olvidar este descalabro el canónigo Coley publicó en una revista la reproducción de los retratos que acababa de obtener de sus padres, difuntos hacía muchos años. Todos los que los habían conocido declararon que el parecido era exacto. Si se podía retratar á los espíritus, es que existían; la cosa no tenía vuelta de hoja. Pero el director de la revista *John Bull* publicó en su popular periódico esta nota:

«Apuesto 1,000 libras esterlinas, que serán entregadas á un hospital, á que Coley no retrata los espíritus de sus padres ni de nadie, con la





DE LA COMEDIA HUMANA. — Las moscas tras la miel.



sola condición de que dos fotografías escogidos por mí presencien la operación. Si Coley no acepta el reto, declaro desde ahora que es un embustero.»

El canónigo se calló, y va el segundo descalabro.

Pero surge su colega el canónigo Brook y asegura que á él y á cuatro personas más se les habían aparecido los espíritus del doctor Astley y de su esposa, fallecidos en la catástrofe ferroviaria ocurrida en Argelia el 19 del pasado Diciembre.

Todos los periódicos, incluso *The Times*, entrevistaron al canónigo y á los demás testigos de esta aparición. Las declaraciones fueron concretas, terminantes: los espíritus triunfaban. Mas hete aquí que el día 30 del mismo mes el correspondiente de *The Times* en Argel telegrafió al gran diario:

«El doctor Astley y su esposa no han muerto, como se creía; ambos se hallan en el hospital de Argel gravemente heridos.»

Y el mismo doctor telegrafió á su suegra:

«Ambos fuera de peligro, aunque es posible que me tengan que amputar una pierna.»

¡Los muertos del canónigo Brook telegrafían!



RASGOS ANDALUCES

—¿En qué quedamos! ¿Sí ó no?

do! Todavía duran las carcajadas que lanzó Inglaterra entera.

FRAY GERUNDIO.



## EL MISTERIO DE LA CLAVE ANTROPOMÉTRICA

Los pormenores de la verídica historia que voy á referir fueron conocidos por todo el personal de la poderosa Compañía armadora Gold Star Line; pero si bien es cierto que circularon libremente, también lo es que nunca, hasta ahora, se hicieron del dominio público.

Acababa de anochecer después de un día frío y desapacible de principios de Mayo de 1897. El trasatlántico *La Estrella de la Mañana* levó anclas del puerto de Sidney, llevando completo todo el pasaje de primera y segunda clase. Tan considerable afluencia de viajeros debíase al grandioso festival del jubileo de la reina Victoria, que el mes siguiente debía tener lugar en Londres.

Dos hombres que habían llegado á bordo en el último momento atrajeron particularmente mi atención. Ambos pasajeros se expresaban en inglés correctamente. Vestían con elegancia y se hacían pasar por ingleses y declaraban haber residido durante bastantes años en las praderas del Centro australiano. En todo mostrábanse correctísimos y bien educados, y, á pesar de ello, sus fachas eran de lo más siniestro que se puede imaginar. Se parecían extraordinariamente y yo no hubiera vacilado en jurar que eran hermanos, á no mediar la circunstancia de haberse inscrito en los libros de á bordo con los nombres de Jorge Wilson y Enrique Sebright. Todo un pasado de crimen parecía estereotipado sobre sus frentes, sobre sus labios delgados y en el fondo de su ojos recelosos y astutos.



Mucho se crece ahora, pero pronto se humillará.



El trasatlántico estaba tan lleno que me costó gran trabajo dejar contento á todo el mundo. Mi perplejidad y embarazo eran debidos en gran parte al hecho de que un departamento ó camarote de tres literas había sido reservado para una persona que lo había tomado telegráficamente, por mediación de nuestro representante en Sidney. Nosotros nos habíamos encontrado en la absoluta precisión de acceder á aquella demanda, por importuna que nos pareciese. El pasajero que había tomado el aludido camarote debía subir á bordo en el puerto de Adelaida. Se me antojó que debía tratarse de algún personaje de cierta importancia, y los acontecimientos no tardaron en demostrarme que mis suposiciones no eran infundadas.

La casualidad quiso que me encontrara cerca de la pasarela de embarco en el momento de llegar dicho pasajero; caminaba con lentitud y apoyándose en el brazo de una joven muy linda y de esbeltas formas respecto á la cual no habíamos recibido orden alguna. Ella ocuparía un sitio en un camarote de cuatro literas, en compañía de otras tres señoras que de seguro le eran completamente desconocidas. Una simple mirada, una observación somera, permitieronme darme cuenta de que la tal joven pertenecía á esa clase de personas que dedican muy poco tiempo á pensar en sí propias. Comprobé, además, que en aquel momento toda su atención estaba concentrada en el caballero á quien acompañaba. Me pareció encontrar entre ambos suficiente parecido para sacar en consecuencia que se trataba de padre é hija; el primero, á juzgar por su aspecto, debía estar bastante enfermo.

Tanto el nuevo pasajero como su hija despertaron mucha curiosidad al llegar á bordo. Entre los curiosos pude distinguir á los dos hombres de que he hablado más arriba, Wilson y Sebright, cuyas miradas no se apartaron un instante de los recién llegados; creí descubrir en sus antipáticas cataduras una expresión de intensa y ávida curiosidad.

La Estrella de la Mañana volvió á hacerse á la mar y mis ocupaciones durante la primera semana fueron tantas que no tuve siquiera tiempo para pensar en los dos pasajeros llegados últimamente.

Cierta día, encontrándome yo sobre cubierta, se me acercó Cairns, el médico de á bordo.

—Quisiera equivocarme—me dijo—, pero mucho me temo que el señor Rutherford no vuelva á ver Inglaterra.

—¿Habla usted del pasajero que embarcó en Adelaida?

—Precisamente. Acabo de examinarle con todo cuidado; el pobre señor no tiene ya más que un pulmón y ese gravemente atacado también. Es una verdadera locura emprender un viaje en semejante estado. Se lo dí á entender claramente y recibí la contestación más extraña que he oído en toda mi larga carrera.

—¿Qué contestación?

—Esta, sencillamente: "Estoy al cabo de todo eso; pero créame, doctor, no tengo la menor intención de morir antes del momento oportuno." Me hizo saber enseguida que llevaba en su camarote varias bolsas de oxígeno, de las que pensaba hacer uso hasta la llegada á Suez. Como usted sabe muy bien, el empleo de estas bolsas á bordo es contrario á los

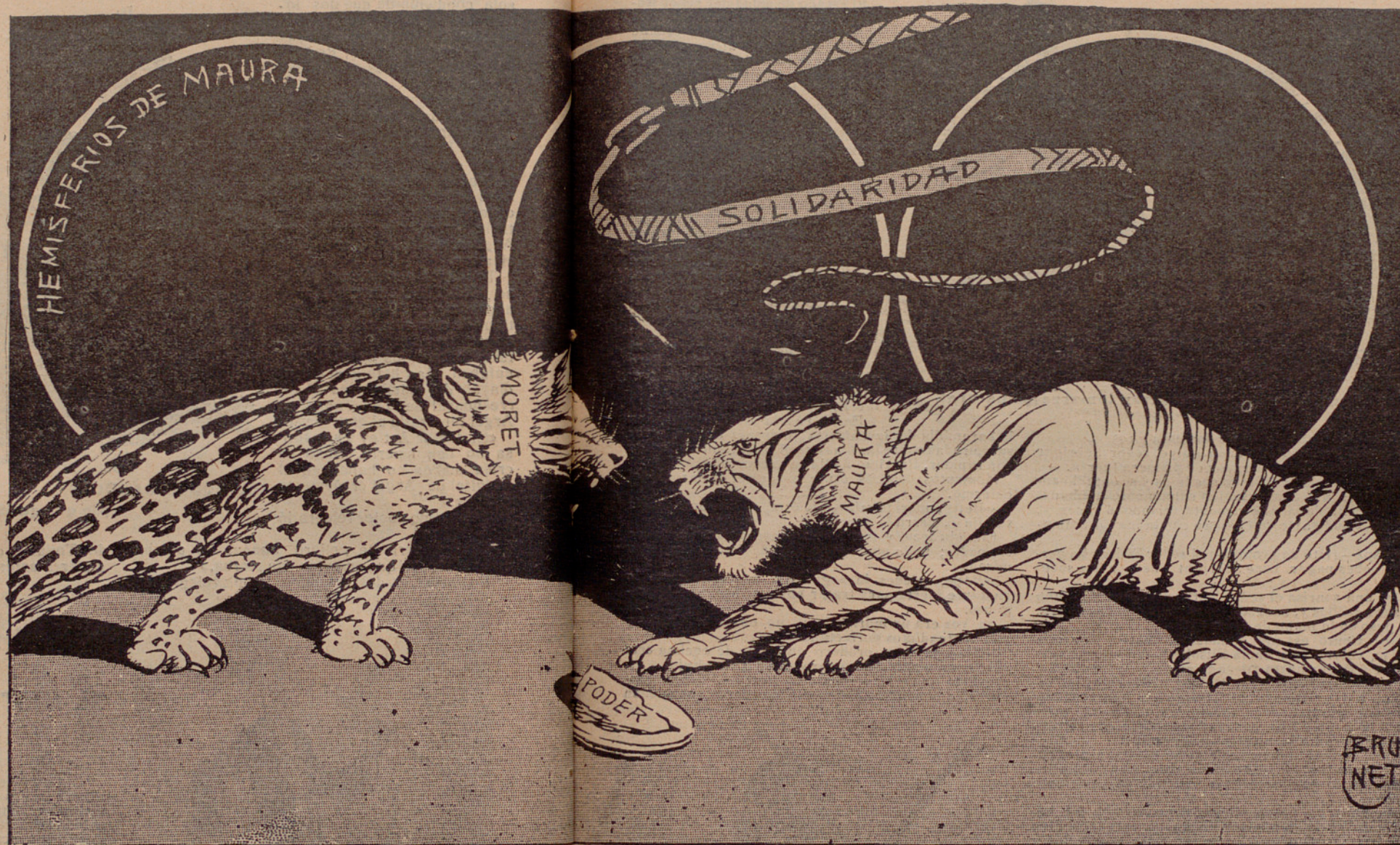
reglamentos; pero nuestro capitán es muy complaciente. Mientras hablaba yo con Rutherford, penetró su hija en el camarote. El la llama Elisabeth y, con frecuencia, Betty. Es una joven encantadora y se echa de ver al momento que quiere á su padre apasionadamente; no se hace ilusiones sobre el estado del enfermo, pero en su presencia pone siempre cara alegre, como si no existiera motivo alguno de inquietud.

—No deja de ser en verdad molesto que ese buen señor haya venido á bordo—contesté yo después de un momento.

—Por mi parte le aseguro á usted que no entiendo una palabra—insistió Cairns con aire meditabundo.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Sospecha usted algún misterio?

—¡Oh! yo no sé nada. Se me figura á veces que mi nuevo enfermo tiene una idea fija. La manera como se va consumiendo poco á poco y la tranquilidad con que él lo toma son cosas que desorientan á cual-



EN EL CIRCO PARLAMENTARIO el domador quiere, uno y otro se quedarán sin faja.

quiera. Al paso que va es imposible que dure mucho tiempo. Su modo de expresarse me induce á sospechar que es entendido en Medicina y que debe saber lo que hace.

Cairns se alejó y yo subí al puente. El mar estaba un poco picado. Libre en aquel momento de ocupaciones urgentes, me senté á fumar un cigarro. A pocos pasos de mí, Wilson y Sebright, los dos ingleses, estaban jugando una partida de tejo á media corona el tanto. Momentos después apareció el enfermo, señor Rutherford, sobre el puente, avanzando con lentitud; á pasos cortos venía trabajosamente en dirección al banco que yo ocupaba, y exhalando un profundo suspiro se dejó caer sobre una silla á mi lado. Con gran asombro mío, los dos individuos suspendieron inmediatamente el juego y se aproximaron para hablarle. El anciano contestóles con tono amistoso y pronto pude notar que eran antiguos conocidos.

—Voy dos contra uno en tu favor, Wilson—exclamó Rutherford.

—Muy bien—dijo el otro—. ¿En soberanos?

—Sí, por cierto—respondió el enfermo con una ligera inclinación de cabeza.

Los dos amigos volvieron á sus tejos y comenzaron otra partida, al parecer, con el mayor entusiasmo.

Es usted un buen marino, señor Rutherford—insinué yo en el momento en que el buque, levantado por una ola más fuerte que las otras, se balanceó de un modo desagradable.

—No del todo malo; el mareo no me ataca; los extruendos no lo sentimos nunca; usted debe saberlo. En cuanto á mí, soy de opinión que el mar es un tónico maravilloso.

—Soy del mismo parecer y espero que le sentará á usted admirablemente la travesía.

No contestó. En aquel instante descubrí á la señorita Rutherford que subía á la cubierta. Al ver á su padre dibujóse en sus labios una sonrisa llena de ternura y de animación; luego, con gran estupefacción,





Apuntes que en breve podrán tomarse del natural.

ción mía, se detuvo ante los dos jugadores.

—¡Hola! He aquí un buen golpe, señor Sebright —dijo—; es usted un jugador de primera fuerza.

Los dos hombres dejaron sus tejos y se entabló entre los tres una conversación sumamente animada. La joven hablaba alegremente, riendo á veces, y, por fin, tomó parte en el juego con la mayor animación.

—Papá—gritó de pronto—; el señor Wilson ha perdido; debes pagar. Dice Sebright que son dos soberanos.

Con una sonrisa el señor Rutherford buscó en uno de sus bolsillos y, sacando un par de monedas de oro, las puso en la mano de Sebright.

—El viento es aquí demasiado fresco, hija mía —dijo, volviéndose hacia Elisabeth—. ¿Quieres ayudarme á llegar hasta mi camarote?

Un momento más tarde Wilson y Sebright los seguían y yo mismo, al pasar algunos minutos después por delante del camarote de Rutherford, pude ver á la joven y á su padre obsequiando con refrescos y pastas á los siniestros pasajeros.

¿Qué diablos quiere decir todo esto? me pregunté. Porque no me cabe duda de que una señorita como esa no puede estimar á gentes de semejante calaña.

Sin embargo, pronto llegué á pensar que me había equivocado en mis apreciaciones, porque, si bien conservando siempre la más exquisita corrección y la dignidad de sus maneras, la señorita Betty—la preciosa Betty, como todo el mundo la llamaba á bordo—consagraba una buena parte de su tiempo á aquellos dos individuos; se podía hasta notar que favorecía más particularmente á Wilson. Casi todas las noches se les veía pasear juntos sobre cubierta y yo mismo tuve ocasión de ver á Wilson tomar una de las manos de la joven y retenerla largo espacio entre las suyas. No me encontraba en aquel instante muy lejos de ellos y me fijé al mismo tiempo en que el semblante de la joven se cubrió de súbita palidez. Se mordió los labios y una expresión de intenso desagrado apareció en su gracioso semblante hasta el punto de que las lágrimas se escaparon de sus ojos. A pesar de todo Elisabeth soportó la presión de las manos de Wilson sin la menor muestra de desaprobación y él, por su parte, no pareció haberse dado cuenta del extraño efecto producido por semejante efusión.

Desde aquel momento vigilé á la señorita Rutherford con el mayor interés. Yo tenía el firmísimo convencimiento de que ella no amaba realmente á ninguno de aquellos dos hombres. ¿Por qué entonces los trataba, sobre todo á Wilson, como á verdaderos amigos?...

El estado de salud del señor Rutherford se agravó por aquellos días rápidamente. Me enteré de ello por el doctor Cairns, que pasaba largos ratos en el camarote del enfermo, á donde muy á menudo durante la noche se le llamaba para que prestase á aquél sus cuidados.

—¿Cómo sigue el enfermo?—le pregunté pasados algunos días.

—Decididamente, Conway, no podía usted llegar en mejor ocasión; justamente es usted el hombre que necesito. En cuanto á mi enfermo, ya no puede tirar mucho; lo vería un ciego. Yo iba ahora en busca de usted para que me acompañara á su camarote. Dice que desea hacernos una confidencia. ¿Quiere usted que vayamos?

—Ciertamente —contesté yo—; pero ¿qué dice á todo esto la señorita Betty?

—Se me figura que ya está al corriente de lo que se trata. Pero el padre desea que su hija esté presente también.

—Entonces corro á buscarla.

Encontré á la joven apoyada en la barandilla de la cubierta, mientras dejaba errar sus miradas sobre las olas que el trasatlántico hendía con rapidez. Próximo á ella se encontraba Wilson.

Momentos después estábamos en el camarote del enfermo.

—Betty, querida mía—dijo éste, volviéndose hacia su hija—, cierra la puerta.

Ella obedeció y después fué á arrodillarse cerca de su padre; nada puede dar idea de la ternura de su mirada.

—Papá, ¿tienes la seguridad de encontrarte lo bastante fuerte para tratar hoy este asunto?—le pregunté.

Su voz era un murmullo y, no obstante, Cairns y yo la entendimos perfectamente.

—Sí, hija mía; prefiero quitarme de encima este peso cuanto antes; será para mí un gran alivio.

—Está muy bien—contestó Betty—. Tengan, señores, la bondad de ponerse lo más cerca que puedan



ODISEA DE MONTERO

Posición ridícula del antiguo miliciano nacional.





**MANRESA.**—Inauguración del servicio de ómnibus automóviles entre dicha ciudad, Cardona y Solsona. El acto verificóse el martes último.

de mi padre; hablar alto le fatiga mu. ho. ¿Y ahora, querido papá? ..

El moribundo fijó en ella la mirada, luego en nosotros, y comenzó:

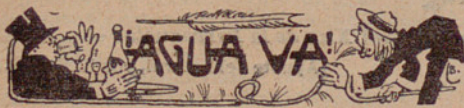
—Yo deseo, señores, hacer á ustedes una revelación cuya veracidad podrá garantizarnos mi hija.

—Tenga usted por cierto—le interrumpi yo , que nos basta su palabra.

—Eso bastaría, en efecto, si yo pudiera decirlo todo; pero es absolutamente indispensable que os oculte lo más importante. Han de saber ustedes, señores, que yo, débil y enfermo como me ven, he echado sobre mis hombros la carga abrumadora de llevar á término feliz una misión secreta de la más alta trascendencia. Mi hija y yo nos hemos impuesto el deber de descubrir un complot horriblemente diabólico.

L. T. MEADE Y R. EUSTACE.

(Continuará.)



El sesudo *Brusi* ha perdido su geografía. Con toda la seriedad del mundo lamentó días atrás una "invasión de cacatúas en Austria".

Es una cosa grave, sobre todo á estas alturas del frío extremo.

¡Si hubiese dicho en Australia!

Peró el *Diario* no entiende de países tan lejanos.

En *La mentira musica* el doctor don Guillermo López desarrolla sus originales teorías sobre el divino arte.

Este libro—dicen los críticos—no revela grandes pretensiones ni conocimientos técnicos.

Indudablemente el señor López—á quien por falta de valor no hemos leído—se muestra en su obrita partidario de *Ernani* y de *La gatita blanca*. La ar-

monía wagneriana debe sonar mal en los oídos del irascible galeno.

Recomendamos á los enfermos la lectura de *La mentira municipal*, ó *musical*, ó como se llame.

A veces conviene alegrar el espíritu.

Filántrópicamente, como premio de un canto al lenguaje incipiente, al mágico esperanto, entrega el Municipio una *Peste de Opo to*. Para una oda sin ripio es un premio bien corto... Pero esa gente impía, que reparte sin tasa, puede dar todavía la peste de su casa.

Ya no será ejecutado el asesino Camaiore, á quien condenó á muerte el tribunal de Marsella.

Es demasiado gordo y no cabe en la báscula.

Podrían partirle en dos; pero los mismos ardientes partidarios de la pena de muerte juzgan excesivamente cruel este remedio.

No es este el primer caso de criminales obesos célebres. Muchos sátiros se han distinguido por su enorme volumen. El violador Menesclou pesaba 125 kilos.

A pesar de esto acabó lindamente en brazos de la veuve.

El Silencioso.

Cuando decida Moles pronunciar un discurso, se pararán los soles en mitad de su curso, y, procesionalmente, á hundirse en el torrente de paráfrasis bellas—si desata el precito su lengua viperina—





Un antiguo amigo y compañero de armas del Xich de la Barraqueta.

(Apunte del natural, por L. Brunet.)

vendrán del infinito  
de la patria divina  
incontables estrellas.

En Sabadell luchará, con el apoyo de los antisolidarios, el señor Puig de Asprer, que tiene muchas simpatías fuera del distrito.

Es fácil que no triunfe, pues figura entre los predestinados a la candidatura eterna.

Y, no obstante, puede resultar elegido, porque su adversario es también un hombre de poca suerte.

La lucha es de éxito dudoso.

De la mala sombra contra la mala pata

Cuestión de nombres.

Un grande artista debe ostentar un hermoso apellido.

Es la antigua teoría.

Sin embargo, el mejor músico moderno se llama Strauss (avestruz en alemán). Uno de los más célebres poetas de todos los tiempos fué el francés Corneille (corneja), con la agravante de que en lengua francesa existen frasecillas mortificantes para ese volátil: *Bayer aux corneilles*, etc. Entre nosotros hubo dos Zorrillas que gozaron de gran fama.

—¿Conque cesante?

—¡Cesante!

Así, chico, como suena,  
y á punto de mendigar  
en el atrio de una iglesia.

—¿Qué delito has cometido?

—¡Ninguno, una bagatela!

Me encontré la otra mañana



en la calle de Valencia  
á un inspector de segunda,  
y casi sin darme cuenta  
me cuadré militarmente  
y le hice una reverencia.  
Pero como está prohibido  
saludar, el muy *voceras*  
del inspector fué y dió el *soplo*  
en las lucientes orejas  
de don Angel... y enseguida,  
sin más palabras ni pruebas,  
me separaron del Cuerpo,  
dejándome en la miseria.  
¡Esto por tener crianza,  
educación y vergüenza!

—Yo, chico, aunque me encontrase  
en la calle con Lacierva,  
ni siquiera le diría

“por ahí te pudras, gran pieza...”

—¡Sí que debiera pudrirse  
con unas viruelas negras!  
¡Vaya una calamidad!

—¿No sabes lo que proyecta?

—De fijo algún *ex abrupto*.

—Primero dar la *licencia*

*absoluta* á los agentes,  
inspectores y *delegas*  
que hagan uso de su sexo  
en una forma cualquiera...  
sin pedir el oportuno  
permiso de Su Excelencia.

—¿Y también á los casados?

—¡Todos entran en la regla!

—¡Mira que pedir permiso  
para cosas... como esas!

—Y se llevará un registro,  
ó sea una *cuenta abierta*  
de los permisos que al mes  
cada polizonte obtenga.

¡Desgraciado del agente  
que en estas cosas se exceda!

—Si el gobernador no quiere...

—Pues el permiso se niega  
y dan al solicitante  
una ducha de agua fresca.  
Además crearán un Cuerpo  
con aquellos que den pruebas  
de *doncellez*....

—¡Pero eso,

Saturnino, ya es la *vértiga*!

—Les llamarán “Los pepones,”

ó cosa que se parezca

y servirán....

—¡Chico, calla,

que todo el cuerpo me tiembla!

¡Sólo faltaban Pepones

al *moralista* Lacierva!

..

Bernis, el conocido empresario del Liceo, ama  
hoy como amaba en tiempos de la guerra de Africa.

Según cuentan las crónicas, una bella artista italiana le ha sorbido el seso... si es que seso tienen los que á cierta edad se enamoran.

Pero ¡ay! al infeliz amante de nada le sirven las continuas y amorosas endechas que dedica al objeto de su amor...

La bella no se rinde.

¿Qué destino dará Bernis ahora al cinturón eléctrico que prematuramente había adquirido?

..

La biblioteca del Círculo Liberal Democrático ha sido soberbiamente reforzada.

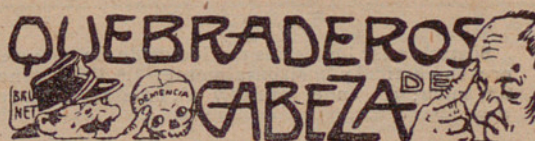
El nuevo bibliotecario, tras una detenida conferencia con Enrique Collaso, ha comprado la colección completa de Rojo y Verde y de E Sica típico para enriquecer la flamante biblioteca.

¡Oh, cómo se reconoce en el bibliotecario al ex concejal Grañé!



## LA INFLUENCIA DEL MEDIO

¿Verdad que el cura resulta mucho más jacaarandoso que el diestro?



## CHARADAS

De Jac Alaroz

Estoy—dice á Juan, Inés—  
*prima* y por *dos* yo tan loca  
que, aunque el calor me sofoca,  
todo iré hasta al *prima tres*.

De Paulino Mainar

Una persona mucho *dos tercera*  
vió á una *tres* de inversa *prima*  
y al querer librarse de la fiera  
locamente cayóse en una sima.

Valga de *todo* esto que aquí cito,  
pues, si yo estoy allí me precipito.

A san *prima dos* le reza  
todos los días Antonio  
y si con un can tropieza







Pídate para curar las  
**ENFERMEDADES NERVIOSAS**  
**BROMURANTINA AMARGÓS**

(nombre registrado del)

**ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS**  
 QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS  
 UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZÓN, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

# DOLOR

reumático, inflamatorio y nervioso, se logra su curación completa, tomando el tan renombrado **DUVAL**, que con tan feliz éxito vende la conocida farmacia Martínez; Centro calle Robador (esquina San Rafael, 2).



## A PLAZOS

SIN AUMENTO.—Trajes novedad  
 NOGUÉ, sastre. Doctor Dou, 6, prl.

Jarabe VERDÚ Demulcente, cura Herpetismo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — Escudillers, 22, Barcelona.

## ENRIQUE ARGIMON

AGENTE DE ADUANAS  
 Pasaje de la Paz, 10, pral.  
 BARCELONA

## A VISO

CASA ESPECIAL PARA CAMAS y otros muebles á PRECIO DE FABRICA  
 No comprar sin antes visitar dicha casa. — PLAZA DEL PADRÓ, número 4. —

# NEGOCIOS RÁPIDOS

SE COMPRAN MUEBLES DE TODAS CLASES

Pianos, objetos de arte, colchones y pisos enteros por importantes que sean

Se pagan bien y al contado

Canuda, 13 y Petritxol, 12

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Bianchs, 3 bis, bajo.





CUPIDO CARNAVALESCO.—El tentador lazarillo de estas noches.